



Club Rotario de Madrid

Conferencia de D. Ignacio Para Rodríguez-Santana

Casino de Madrid, 16 de abril de 2010

COMPETENCIA Y PROGRESO ECONOMICO Y SOCIAL. CAUSAS Y REMEDIOS CONTRA LA CRISIS

Lo primero que quiero hacer es daros las gracias por invitarme a dar esta conferencia en una de vuestras habituales comidas en el Casino de Madrid, especialmente a mi querido amigo Javier Paulino, excelente médico y excelente persona, lo que resulta evidente en cuanto lo tratas profesional o personalmente.

Mi charla va a tratar no especialmente sobre temas sanitarios o de salud, en los que estoy especializado, sino sobre la competencia y su directa relación con el progreso económico y social así como apuntar sobre posibles causas y remedios contra la crisis económica y de valores en la que estamos. Luego, durante la comida podemos comentar estos aspectos referidos específicamente a la Sanidad.

Creo que todos estamos de acuerdo en que la competitividad es un elemento de progreso económico, social, científico, deportivo, cultural y, en definitiva de todas las actividades del ser humano. La competitividad es innata a la persona, al individuo, que se esfuerza en hacer las cosas mejor que los otros con el fin de obtener un beneficio económico o un reconocimiento social y, también, una satisfacción personal. De esa manera, la competencia es una fuente dinamizadora para la creatividad y la innovación.

La idea de competencia, en principio, va asociada a la libertad. Sin libertad no hay competencia. El dirigismo es contrario a la competencia al cercenar la iniciativa de los ciudadanos y someterla a los planes directores.

Basada en esa idea, ya Adam Smith elaboró la teoría de que la libertad de mercado era la plataforma idónea para el crecimiento económico y la riqueza de las naciones. Planteaba que la competencia perfecta se daba cuando se producían las siguientes condiciones:

- a) Libertad de acceso al mercado: Cualquier persona puede acceder a fabricar, comercializar, comprar o vender un producto
- b) Claridad del mercado: Todo el mundo puede conocer los precios y características de los productos existentes en el mercado

- c) Homogeneidad de productos: Los fabricantes y consumidores pueden identificar los productos con similares características
- d) libre competencia: los fabricantes pueden fijar libremente los precios y los consumidores elegir libremente los productos que deseen de entre los precios ofertados.

Pero Adam Smith creía que las propias leyes del mercado eran capaces de regularlo de manera automática, tendiendo este necesariamente hacia la competencia perfecta. En ello se equivocaba.

La propia dinámica de los ofertantes, fabricantes, prestadores de servicios y comercializadores, en base a la competitividad, hace que cada uno de ellos busque situaciones de influencia sobre los compradores al margen del precio, tratando de diferenciar su producto o servicio del de los demás ofertantes, es decir, creando situaciones, las más de las veces transitorias, de monopolio.

La naturaleza misma de la oferta hace que los oferentes tiendan siempre a situaciones monopolísticas y, si no se regula el mercado para garantizar la competencia perfecta, no ya a competir mediante la diferenciación de sus productos incorporando mejoras que no tiene la competencia, sino también hacia acciones especulativas y acaparadoras que los posicionen como únicos suministradores.

La Comisión Europea de Política de Competencia utilizó las armas de la política de competencia para hacer frente a la crisis aportando beneficios a los consumidores, tanto en la defensa contra las prácticas de monopolio como en las ayudas de los Estados o el control de las fusiones, la lucha contra los cárteles, la lucha contra los abusos de posición dominante en el mercado, siendo la política de competencia un factor constructivo y estabilizador del sistema financiero de la UE y de la economía real en general.

La Comisión adoptó en Abril de 2008 el Libro Blanco sobre «Acciones de daños y perjuicios por incumplimiento de las normas comunitarias de defensa de la competencia». El Libro Blanco representa un paso adelante en la superación de los obstáculos a los que se enfrentan actualmente las víctimas de problemas de competencia para recibir compensaciones eficaces.

Está ampliamente demostrado que la máxima eficiencia y eficacia se produce como consecuencia de las leyes de mercado de competencia

perfecta, es decir, cuando el acceso al mercado es libre, cuanto este es transparente y cuando está regulado de tal manera que se eviten situaciones especulativas y de monopolio o de oligopsonio.

Como decía al principio, la competitividad exige creatividad e innovación y es la fuente del progreso económico y social. Gracias a ella los productos son cada vez mejores, cada vez más avanzados y cada vez más baratos y asequibles. La competitividad es la fuente del progreso.

En el caso de la crisis financiera y económica que vivimos, sería un error achacarla al modelo capitalista o de economía de libertad de mercado, y ser tentados nuevamente a descubrir otras fórmulas restrictivas de la libertad que nos llevarían a situaciones de retroceso económico y social. La crisis viene dada precisamente porque los Estados no han sido diligentes a la hora de evitar las acciones especulativas y la falta de transparencia en las operaciones inmobiliarias, pero fundamentalmente en las operaciones financieras.

Los Estados y las Administraciones Públicas del Estado son muchas veces inductores, cuando no creadores, de situaciones monopolísticas u oligopolísticas, o de situaciones de oligopsonio. Intervienen los mercados en aras de garantizar una oferta, o satisfacer una demanda, pero a la postre crea ineficiencias, destruye la competitividad y, en muchas ocasiones, son fuente de corrupción en mayor o menor grado.

Son de dominio público las ineficiencias de la Planificación de la Economía y de las empresas estatales en su actividad económica, ya sea en la producción de bienes materiales como de servicios, deficiencias en la producción, en el I+D y en la retribución de los trabajadores, cuyo paradigma se evidenció en los Estados del antiguo régimen soviético; deficiencias de las empresas públicas que en países de economía de mercado han tenido que suplirse con subvenciones públicas más o menos encubiertas o la creación de situaciones de privilegio en los mercados.

El Estado debe de regular y vigilar los mercados, no interviniendo en ellos como agente productor o comprador privilegiado sino generando leyes y normas que garanticen su libertad y que eviten situaciones de privilegio permanente y monopolísticas, vigilando e impidiendo el desarrollo de actividades contrarias a las leyes de libertad de mercado antes expuestas.

Vivimos en un mundo global, donde las fronteras arancelarias han ido desapareciendo, donde las economías antes tercermundistas han ido

creciendo a velocidad de vértigo y donde las empresas compiten en un mercado mundial. Y esto es bueno y es justo, pues permitirá un mayor equilibrio entre naciones, pero donde será cada vez más necesaria la lucha contra los abusos de posición dominante en el mercado, no ya solo por la Unión Europea, sino por los Organismos Internacionales como el FMI, el Banco Mundial y las instituciones de la ONU.

No es mi propósito en ahora analizar las causas ya tan comentadas y manidas de esta crisis. La especulación inmobiliaria, el exceso en las hipotecas, el oscurantismo en los paquetes financieros y la propia actitud especulativa tanto en los inversores inmobiliarios como en los inversores financieros. Mi propósito es hacer ver y evidenciar que el origen de esta crisis, más que en ninguna otra, están en actitudes especulativas y tiene su base en la crisis de los valores morales de nuestra sociedad occidental y, en ningún modo en una crisis de la economía de mercado. Es precisamente la falta de respeto a la economía de mercado y las actitudes especulativas y monopolísticas las que han dado al traste con una economía irreal que no ha tenido más remedio que hacer crisis.

Y si no ponemos remedio en las causas profundas de la crisis, esta de producirá de nuevo corriendo el riesgo de caer en el futuro en regímenes autoritarios, dirigismo estatal y pérdida de libertades por bastante tiempo.

Hemos estado, y lo seguimos estando, en un ambiente ciudadano de exceso de confianza en el Estado de Bienestar, de despreocupación e inconsciencia, de gastar en vez de esforzarse, de sobregastar, de dinero fácil de no visualización del riesgo.

En el mundo occidental vivimos con una importante falta de productividad y de exceso de confianza en el sistema, con un exceso de presencia de los políticos y sus partidos, en el que no se valora el esfuerzo pero sin embargo se permite y hasta fomenta la especulación y el dinero fácil. Donde el afán por ganar votos de la gran masa media de ciudadanos, hace que los políticos ofrezcan el oro y el moro, aprobados fáciles, pasar curso sin aprobar, derecho a viviendas gratis o semigratuitas, subvenciones y becas por doquier, que provocan el fracaso escolar, que nuestros estudiantes acaban cada vez con conocimientos más pobres y nuestros trabajadores cada vez sean menos productivos.

El problema está en que los partidos políticos siguen queriendo obtener votos a toda costa, los sindicatos no quieren perder su protagonismo político y dominio entre el mundo laboral y nadie está dispuesto a decir al

país cual es la verdadera situación: estamos en un mundo global, lo queramos o no, en el que las fronteras económicas y comerciales ha ido cayendo y donde tenemos que competir con otras naciones dispuestas a hacer lo mismo que nosotros, con igual calidad pero más barato, donde son más productivos y, por tanto más competitivos. Y sus productos están ahí, en el mercado internacional y a las puertas de nuestras casas.

Vivimos en un mundo global en el que las comunicaciones son instantáneas; donde podemos tener reuniones con imagen, voz y compartiendo datos con cualquier parte del mundo, y unas comunicaciones aéreas y marítimas como nunca hubo. Donde el conocimiento tecnológico y las tecnologías están ya al alcance de la mayoría de los países del mundo, muchos de ellos hasta hace poco tercermundistas. Las cosas nunca serán como antes. No podremos vivir como antes. Y tenemos que darnos cuenta, todos, de esto y saber reaccionar.

Necesitamos entre todos realizar acuerdos económicos, sociales y empresariales. Al igual que en situaciones de guerra hay que tomar medidas excepcionales para salir de la crisis. La gente no quiere limosnas, quiere un puesto de trabajo. Esto es lo que hace feliz y dignifica a las personas. No podemos vivir ya más en un régimen de subsidio. Pactos como por ejemplo, bajar los salarios temporalmente en las empresas en crisis para que no echen a la gente, bajar los impuestos relacionados con el paro, adoptar medidas favorecedoras de las empresas que mantengan el empleo, pueden ser algunas de las medidas a corto que nos permitan amortiguar los efectos de la crisis, pero no resolverla. Solo se sale de la crisis generando riqueza. Ningún puesto de trabajo es sostenible si no se genera riqueza.

Pero las medidas más importantes son estructurales. Hay que reconvertir aquellas industrias que, en este nuevo escenario global, ya no son o serán competitivas. Buscar nuestro escenario ideal, los nichos de mercado, los negocios emergentes con valores añadidos donde nosotros estemos mejor preparados. Crear las estructuras físicas y organizativas y las normas legales que permitan una dinamización de la economía. Dar libertad e incentivar al empresariado. Y sobre todo, crear las bases educativas y fomentar los valores morales de reconozcan el valor de la iniciativa, la asunción del riesgo y el éxito profesional y empresarial, la superación personal y el esfuerzo tanto de los estudiantes como de los empresarios y trabajadores.

El grave problema es que tanto la mayor parte de los partidos políticos como los sindicatos no están por la labor de poner en riesgo los votos ni perder el equilibrio actual. Por ello, el papel del resto de las fuerzas sociales, de la sociedad civil, va a ser fundamental

Políticas como las que venimos teniendo de todo vale, todo es relativo, vale lo mismo un suspenso que un sobresaliente, donde no se valora el logro de ser catedrático, juez o empresario de éxito, sino que al contrario se vitupera al que tiene éxito, se desprecia la autoridad del sabio, donde se fomenta al vago y al conformista, no son las que nos sacarán de la crisis sino las que nos están introduciendo en un proceso de decadencia económica, cultural y moral con un ritmo cada vez más acelerado.

Por ello vuelvo a apelar a la sociedad civil, a aquellos que desde sus posiciones sociales y sus profesiones, tienen capacidad para proponer, denunciar o inducir, para favorecer un cambio cultural y político que valore las libertades y los éxitos individuales y que se disminuya la tensión artificial entre ciudadanos y entre regiones, forjada por políticos y otros agentes sociales públicos en su propio beneficio e intereses.

Muchísimas gracias por vuestra atención.